

Del plantón a la rebelión

El respeto al derecho ajeno es la paz.

Benito Juárez

14 de junio de 2006. Madrugada. Cientos de hombres y mujeres duermen bajo láminas, cartones y plásticos instalados a lo largo de 56 calles del Centro Histórico de la ciudad de Oaxaca. Tendidos en el suelo, demuestran una sobrada experiencia para reposar en las peores condiciones. Pueden edificar una paupérrima estancia en menos de diez minutos, poner cada nudo para que la lluvia, un fuerte viento o el sol abrasador no acaben con el resguardo, para que el cuchitril sea indestructible, para que sea una casa. Estos oaxaqueños que hoy están en las calles conocen, con precisión cartesiana, cómo y dónde colocar los materiales de la construcción que habitarán durante cinco días, un par de semanas o quizás algunos meses, algo que a ciencia cierta ya no saben porque el fin del plantón no está en sus manos.

Los días del plantón dependen de los tiempos políticos del país, del estado, de los grandilocuentes escenarios político-coyunturales, de los presupuestos públicos, de los ánimos del gobernador en turno, de lo que piensen los funcionarios y de la convulsionada vida interna del sindicato al que pertenecen. En menor medida, la suerte de los hombres y de las mujeres que duermen en estas calles depende también de sus conflictos personales, de los problemas que padecen cada uno de los miles de maestros que, desde hace 26 años, se presentan aquí en el zócalo cada mes de mayo en demanda de mejores condiciones laborales.

Hablar de plantones en Oaxaca no es lo mismo que hacerlo en el

Distrito Federal o en Monterrey —si acaso esta apática ciudad del norte ha tenido alguno en los últimos años. En Oaxaca plantarse es una tradición antes que una manifestación. Mientras los políticos y dirigentes sindicales se reúnen en hoteles y oficinas, el plantón se convierte en el escenario de una animada vida social. Los plantones son centros de protesta además de espacios de reencuentro y tertulia, el plantón es el lugar en el que se relacionan los habitantes temporales y los visitantes. En la calle se suceden discusiones sobre temas baladíes o trascendentes mientras el entorno se transforma en centro de negocios y trueque, como llaman los indígenas a las operaciones mercantiles que realizan entre ellos. Aquí la cultura del plantón está tan firmemente arraigada que los “plantonistas” tienen su propia emisora de frecuencia modulada (FM); la estación ilegal no podía llamarse de otra forma que “Radio Plantón”.

La gente común, ajena a la protesta en ciernes, no saca la vuelta a los plantones. Quizá porque desde que nació ha convivido con ellos, porque forman parte de sus pláticas diarias o porque hace ya mucho tiempo son el paisaje ocasional en este centro histórico, declarado Patrimonio de la Humanidad por la Organización de las Naciones Unidas para la educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO). Esto de protestar es incluso un cliché que pesa sobre los oaxaqueños, cliché que tiene mucho de cierto. La mayoría de los secretarios del actual gobierno participaron en marchas, manifestaciones o tomas de edificios públicos en algún momento de sus vidas. Por ejemplo, Heliodoro Díaz Escárcega, presidente de la Cámara de Diputados en 2006 y segundo de abordo en el gobierno de Ulises Ruiz Ortiz, incendiaba camiones durante las marchas contra Manuel Zárata Aquino, gobernador removido en 1978 por el presidente Luis Echeverría. En el caso de los maestros ni qué decir: no existe un solo profesor que no haya participado en una manifestación. En Oaxaca no hay un educador que no haya participado, desde que estudiaba en la Escuela Normal, en alguna protesta o en algún plantón.

Hoy todo parece distinto. Hoy, primavera de 2006, los plantones se volvieron algo malo, inaceptable, retrógrada y reprobable. Esto es lo que dicen muchos de los artículos que publican los periódicos locales, en los que se acusa a los “plantonistas” de despreciables, flojos y asque-

rosos, de afear la ciudad. La condena que han puesto de moda contra el plantón llega también a la radio. Una sospechosa y recién creada Asociación Estatal de Padres de Familia firma un spot en el que se escucha, cada 15 minutos, a un grupo de niños gritando: “¡Maestro al salón, no al plantón! ¡Maestro al salón, no al plantón!” Los políticos que otrora habían pedido atender las demandas de los plantones también los odian ahora. Por medio de un pronunciamiento público, supuestamente 310 de los 570 presidentes municipales del estado cuestionan esta práctica. Los empresarios, que no podían faltar, también condenan a los “plantonistas” desde la televisión.

¡De pronto el mundo entero muestra su odio contra los plantones! Pero de entre todos los que detestan los plantones hay un hombre que destaca, alguien que, desde 2004, durante su campaña, prometió que de ganar las elecciones no permitiría nunca más un plantón; hombre excepcional que, a pesar de ser oaxaqueño y político, nunca participó en un plantón. Un hombre formado en las grandes ligas de la política nacional, con el auspicio del PRI, un hombre que ahora, en plena madrugada del 14 de junio de 2006, cumple un año y medio de ser el mandamás del estado. Un hombre cuyos modos dejan en el aire la contradicción de los mugrientos plantones: el aroma de las lociones francesas y la brillantina nacional. Ese hombre es el gobernador, el hombre que odia los plantones.

ANTES QUE NADA

Nos plantamos en el zócalo el día 22, después de haberle dado una semana al gobierno del estado; luego del quince de mayo porque somos tolerantes. Hasta esa fecha no se tenía ninguna respuesta, a pesar de que el pliego petitorio se entregó el 1º de mayo. Entendemos que en la agenda del gobierno no solamente está el sector educativo sino las demás necesidades del campo y la ciudad, por eso se les dio tiempo. Pero llegamos al día 22 con un paro indefinido y una sola respuesta del gobernador: ¿Lo toman o lo dejan? Le apostaban al desgaste de este movimiento, pero ya ve usted... qué chingados nos íbamos a desgastar.

Todavía estaba oscuro cuando entraron los policías estatales. Era temprano, apenas se veían las nubes de gas lacrimógeno, desde entonces tan grandes como las que imponentemente aparecieron horas después, con la luz del sol, durante la batalla. Era la misma plaza de las noches de parranda de los turistas extranjeros, en la que los combatientes dormían y donde caerían centenares de cartuchos, cuerpos lastimados, piedras lanzadas con hondas, botellas de refrescos. Sangre y destrucción.

Somnolientos, con los pantalones arrugados como acordeón, los "plantonistas" despertaron a las 3:00 a.m. con la misma advertencia: el rumor de guerra recorría las calles. Con un altavoz, mientras otros maestros prendían una fogata con leña y llantas viejas, un profesor de secundaria, llamado Rosendo, buscaba encender otra fogata, la del espíritu de sus compañeros: "¡Vamos, vamos!, éste debe ser el último día en el poder de Ulises Ruiz", arengaba para luego desafiar al aire: "¿Me oyes, Ulises Ruiz?, ¿me oyes? ¡Que te quede bien claro: este va a ser tu último día en el poder!"

Los estudiantes de la Escuela Normal de Maestros vigilaban los cuatro accesos principales al plantón. Ellos dieron el aviso: estaba iniciando una ofensiva en su contra. La mayoría de las mujeres dormía en la Facultad de Derecho de la Universidad Autónoma Benito Juárez, ubicada a dos calles del zócalo. En el lugar, una maestra proveniente de la costa salía en busca de un nuevo refugio con su bebé en brazos. La alarma crecía junto con los gritos, las indicaciones confusas y la desesperación.

—De aquel lado, compañeras... no, no... de aquel lado, apúrense.

—Tápalo bien, Martha, que no le caiga el gas de estos hijos de la chingada.

Las maestras corrían adormiladas, con los cabellos alborotados, las miradas modorras, los semblantes temblorosos. El cuadro hizo que los hombres se encabronaran aún más. "Ese hijo de su puta madre de Ulises es un maldito, hasta a los niños reprime", gruñían con odio renovado y con voz enronquecida. El picor del gas lacrimógeno lanzado a granel los hacía enloquecer.

En mitad del caos reinante los esfuerzos por organizar la defensa de la plaza eran enormes.

—Vete por allá... por esa esquina.

—Tú, dales la vuelta.

—Son un chingo...

—Nosotros somos más, hay que tener huevos...

La beligerancia se escuchaba en todas partes.

—Te digo que vayamos por ellos... no nos podemos dejar... si no vamos, nos parten la madre para siempre...

—Cuídame la espalda...

—No te va a pasar nada, cabrón.

—...pero me la cuidas.

—Regrésales su pinche gas, ahí está la madre esa... ahí está.

—Hay que ir a la secundaria, hay que reorganizarnos.

—Que alguien traiga agua y cocacolas para echarnos en la cara, este pinche gas...

—Están disparando desde los techos de las casas... ¡desde el hotel Marqués del Valle...! qué cabrones.

Los gritos y las palabras de la primera línea se apagaban en la retaguardia. Hasta ahí llegaba el silencioso gas que calladamente jode la garganta, irrita los ojos y pica en la cara. Ni el más fuerte logra resistir la jaqueca instantánea, el ardor que provoca en la nariz este compuesto químico, hecho con bromuro de bencilo. Este gas arrodilla silenciosamente a los jóvenes, a las mujeres y a los guerreros más robustos.

El gas llegaba hasta las oficinas principales del sindicato, desde donde "Radio Plantón" transmitía sus últimos minutos. "Los granaderos se acercan hacia nosotros (se corta la transmisión). Se escuchan las granadas de gas lacrimógeno, están entrando al edificio principal. Nos están reprimiendo con todo, vienen a agredirnos, a golpearnos hasta donde estamos transmitiendo. Para todo el pueblo oaxaqueño, hacemos un llamado: señores, para que ustedes puedan (tosidos)... Ya están entrando, vamos a (tosidos)... vamos a invitar al pueblo de Oaxaca a levantarse contra del gobierno del tirano Ulises Ruiz... Compañeros, estaremos convocando a movilizaciones en todo el estado, todo el estado debe levantarse. (Se escucha una canción y después la voz de otro locutor.) Están entrando los granaderos, están llenando con gas lacrimógeno el edificio seccional.

Le pedimos a la ciudadanía que esté atenta a los llamados que estamos haciendo a través de los diferentes medios... a los llamados a organizarse. Estamos resistiendo (tosidos) y vamos a volver. Le agradecemos a todos los ciudadanos las llamadas de apoyo que han hecho... les pedimos a todos los colonos que se organicen. Organícense todas las colonias, organícense... estaremos llamándolos a la resistencia civil y a la ofensiva, los estaremos llamando... compañeros y compañeras.”

Los maestros luchaban, esquivaban, retrocedían, atacaban, se cubrían. El operativo de desalojo cumplía poco más de una hora de haber iniciado. Eran las cinco y media de la mañana. Además de las oficinas del sindicato, los policías habían tomado el control del zócalo de la ciudad, donde las carpas, las cocinas y las pancartas del “Che” Guevara y Emiliano Zapata eran destruidas por una tropa ensañada. Los mandos paseaban su triunfo aparente y llamaban a la casa del gobernador para informar del éxito de la misión: se habían chingado a los maestros. El mandatario ya podía dar entrevistas a las televisoras nacionales anunciando la restitución del estado de derecho.

Sin embargo, a pesar del escenario de triunfo oficial, en las calles aleñañas al zócalo, gaseados, golpeados y replegados, los maestros no dejaban de enardecerse ante la violencia desatada en su contra. “Lucha, lucha, lucha... no dejes de luchar, por un gobierno obrero, campesino y popular”. El grito iniciado por el profesor fulano era acompañado por una decena de menganos. Los maestros habían sido pisoteados por el gobierno, pero estaban dispuestos a demostrar que la batalla no había terminado.

La estrategia de reacción consideró la apertura de cuatro escuelas en las que se instalaron cuarteles improvisados, dentro de los cuales se atendía a los combatientes intoxicados. Hasta éstos llegaron viejos líderes y nuevos dirigentes, quienes repartieron órdenes como si se tratara de generales de un ejército. “Va a caer, va a caer... Ulises va a caer”. Los maestros se convencían: podían desalojar a los policías del zócalo.

La noticia del desalojo y las imágenes de la batalla ya estaban en los portales de Internet, en la radio y en la televisión. Entre quienes se enteraban de los hechos seguramente hubo algunos que aplaudían desde sus casas; sin embargo, también hubo otros que decidieron acudir al centro

histórico, que no eran, necesariamente, simpatizantes del movimiento magisterial, acaso personas que odiaban profundamente al gobierno estatal, al PRI y a los políticos en general. También hubo quienes entraron en la batalla por mero accidente: un numeroso grupo de comerciantes ambulantes se vio inmerso en los hechos después de que una bomba de gas lacrimógeno golpeó el estómago de una de sus compañeras, quien instalaba su puesto de comidas. La vendedora informal lloraba mientras un grupo de maestros la cargaba hasta un cavallier rojo sin placas. “¿A dónde vamos a ir a partirlas su madre?”, preguntaban los comerciantes, soldados recién reclutados.

Durante la batalla no fueron pocos los sacerdotes católicos que abrieron las puertas de sus iglesias para recibir a los heridos, quienes eran auscultados por estudiantes de medicina. Hacia la tercera hora de escaramuzas la liza era total en el corazón de la capital oaxaqueña. Los maestros avanzaban en la recuperación del centro histórico y la policía disparaba desde un helicóptero cientos de bombas de gas lacrimógeno.

Nadie imaginaba lo que pasaría durante las horas, los días, las semanas y los meses siguientes. ¿Se llevaría a cabo una represión de tal magnitud que el estado anunciaría el éxito de sus acciones? ¿Era éste el inicio de una insurrección popular? Habría que esperar para saberlo.

Oí gritos cerca de mi habitación. La ventana estaba semiabierta, sentí que la abrieron y me pusieron un rifle en la cabeza. Me dijeron que abriera la puerta. Yo no me quería levantar, pero empezaron las groserías; que me parara, que ahí estaba la droga, incoherencias así. Lo que hice fue pararme y abrir, enredarme en un rebozo que tenía en la mano. Se metieron tres policías, me preguntaban por una persona. Alzaron el colchón, tiraron mis cosas, patearon la puerta del baño. Me tenían encañonada. Un encapuchado que estaba afuera les dijo que a mí no me jalonearan. Lo que hice fue jalar una falda y sobreponérmela, me llevaron al pasillo con las armas apuntándome en la espalda. El pasillo estaba lleno de policías, éramos como 20 personas, la mayoría mujeres y niños.

Todas las guerras empiezan y terminan en un escritorio. La de Oaxaca empezó en el de Ulises Ruiz Ortiz, gobernador constitucional del estado.

Los primeros en llegar junto a la máxima autoridad administrativa fueron sus más cercanos colaboradores. “La burbuja”, así era conocido el círculo íntimo por los demás miembros del gabinete debido a la naturaleza estrecha del mismo y los privilegios de que gozaban ante el mandatario. “La burbuja” estaba formada por el amigo de toda la vida de Ulises Ruiz, Jorge Franco Vargas, secretario de Gobierno; por su hombre de confianza en el manejo de las finanzas, Miguel Ángel Ortega; por el operador político ante los empresarios, Emilio Mendoza Kaplan; por el pupilo más importante del gobernador, senador Adolfo Toledo Infanzón, y por el hombre de confianza ante los medios de comunicación, Héctor Pablo Ramírez Puga. Fue a ellos a quienes el mandamás de Oaxaca les dijo, una tarde de mayo: “Vamos a desalojar el plantón de los maestros”. Entre los hombres que conformaban “la burbuja” aparecieron caras de duda, sin embargo, Franco Vargas se entusiasmó de inmediato con el anuncio. Se dice que el mismo secretario de Gobierno habría sido quien metió esa idea en la cabeza de su jefe.

El gobernante convocó entonces a una serie de encuentros privados en los que se limitó a anunciar su plan, sin antes discutirlo o consultar la pertinencia del mismo. Entre otros, Ruiz Ortiz se reunió con los empresarios de la ciudad, quienes lo apoyaron incondicionalmente. Citó después a los dirigentes de las organizaciones sociales fieles a su administración y, finalmente, a los dueños de las radiodifusoras y de los periódicos locales.

—No abras la caja de Pandora, Ulises —dijo en una reunión Benjamín Fernández, director del diario *El Imparcial*, segundo en circulación estatal.

—Tenemos que hacer algo de una vez porque si no estos cabrones no van a dejar que gobernemos.

—El desalojo es una trampa, mejor ponles las sanciones administrativas, descuéntales los sueldos, a ver cuánto tiempo duran plantados.

—Tenemos encuestas que lo dicen: la gente aprueba el desalojo, ya están hasta la madre de los maestros, nos piden hacerlo.

Franco Vargas intervenía para afianzar la postura del gobernante: en Oaxaca no se vería lo de Lázaro Cárdenas sino lo de Atenco. El operati-

vo sería quirúrgico, aseguraba el secretario de Gobierno, quien contaba con un plan emergente que incluía la presencia de notarios públicos que darían fe de que los policías estarían desarmados, por aquello de los muertos.

En el momento en que estas discusiones tenían lugar, dos fantasmas rondaban Oaxaca: San Salvador Atenco, en cuyo caso el Estado había implementado un operativo para aniquilar políticamente a ejidatarios aliados al EZLN, y que en 2002 habían impedido la construcción de un aeropuerto que, además de solucionar un grave problema urbano, convertiría en millonarios a muchos políticos y empresarios. Miles de policías federales preventivos y de los cuerpos policiales del Estado de México tomaron el poblado rebelde y con lujo de violencia sometieron a más de 200 personas, en buena medida mujeres, quienes sufrieron violaciones —en algunos casos tumultuarias— durante el traslado que las llevó a la prisión. Este era el primer fantasma, la represión total, exitosa a ojos del Estado a pesar de las agresiones sexuales y de que dos jóvenes murieran durante el operativo. El segundo fantasma era el fracaso absoluto: el de la siderúrgica ubicada en el puerto de Lázaro Cárdenas, Michoacán, donde los trabajadores corrieron a los policías federales, estatales y municipales que habían sido enviados para romper una huelga en apoyo al dirigente sindical exiliado en Canadá.

Por eso, como decía el director del periódico local, nadie podía estar seguro de que un operativo como el que se anunciaba no terminaría abriendo la caja de Pandora. ¡Qué bien para los planes oficiales si resultaba un Atenco!, pero... ¿y si las cosas salían como en Lázaro Cárdenas?

Para varios de los colaboradores cercanos de Ulises, éste era el verdadero riesgo. Héctor Pablo Ramírez, entonces dirigente del PRI, y Adolfo Toledo, se opusieron de manera tibia a la represión, les parecía que ésta era un riesgo innecesario. El que se opuso de manera tajante fue el presidente del Tribunal Superior de Justicia, Héctor Anuar Maffud, quien durante nueve años lidió con este tipo de situaciones. Maffud había sido secretario de Gobierno en administraciones anteriores.

—¿Y si no podemos con la magnitud del problema, gobernador? —preguntó Héctor Pablo.

—No seas timorato —interrumpió tajante el secretario de Gobierno.

“El Chucky”, así llamaban en privado a Franco Vargas, abogado de 39 años de edad que pasó inadvertido por la vida política local hasta que su amigo se hizo gobernador, se convertiría, para los rebeldes, en uno de los villanos de esta historia.

Dicen sus amigos que Franco, antes de exiliarse en Europa y regresar posteriormente, no podía vivir sin ver su fotografía o la del gobernador en las primeras planas de los periódicos. Le encantaba escuchar su nombre en las radiodifusoras y en los canales de televisión. A “El Chucky” lo seducían el reconocimiento y los aplausos, no importaba si éstos eran pagados por él mismo y con dinero del erario.

Esta situación no resulta extraña en un ambiente como el oaxaqueño, donde los gobernantes prefieren escribanos antes que escritores, gacetilleros antes que periodistas y cómplices antes que hombres independientes. En ambientes como éste, las paradojas son cotidianas: el dueño de *El Imparcial*, que por lo publicado en su diario era visto como cursi y oficialista, en las oficinas del gobernante se convertía en una comentarista demoledor y agudo.

Entraron a nuestras oficinas destruyendo la puerta con un marro. Nos echaron al suelo. Eran 50 elementos con armas de alto poder y máscaras antigás. El miedo se apoderó de nosotros. Subieron hasta donde minutos antes había estado la dirigencia, destruyeron la radio, echaron ácido y humo, no se veía nada.

Encañonaron a las maestras, muchas tenían a sus niños, un policía me dijo: “Hijo de tu chingada madre... te vas a morir”. Uno de mis compañeros se les opuso y le dieron una golpiza bárbara. No supe nada más porque nos tenían con la cabeza pegada al suelo. Golpearon sin consideración a las maestras que cargaban niños recién nacidos.

“PARA QUE VEAN...”

¿Por qué había tanto coraje contra un gobernador? ¿Por qué tanto odio si apenas llevaba un año y medio en el gobierno? ¿Por qué pintaron las paredes con leyendas como “Muera Ulises”? ¿Qué hizo el gobernante que motivara una protesta como ésta? ¿Cómo se gestó este plantón gigantesco, al que todos los días llegaban nuevas organizaciones y comunidades?

Le hice estas preguntas a muchos de los manifestantes y solían contestarme lo mismo: la magnitud de la protesta descansaba en un hecho fundador: el gobernador llegó al cargo mediante el fraude electoral. Después prohibió las protestas y eso crispó aún más los ánimos. Finalmente, no supo medir los tiempos políticos y declaró la guerra a quienes no firmaron el llamado “Pacto Social”, por el que había compromisos concretos de las organizaciones y vaguedades del gobierno estatal. A grandes rasgos, estos fueron los conflictos que originaron el encono y la crispación. Se debe decir que a seis meses de haber iniciado el gobierno de Ulises Ruiz, ya eran varios los opositores perseguidos y encarcelados por el gobernante. Y la persecución fue creciendo paulatinamente.

Hacia el 15 de enero de 2005, a sólo un mes de haber iniciado la nueva administración, un grupo de policías estatales detuvo a tres indígenas zapotecos: Abraham Ramírez Vásquez, Juventino y Noel García Cruz, quienes pertenecían al Comité por la Defensa de los Derechos Indígenas (CODEDI), de Santiago Xanica. Para detenerlos se fabricó el delito de asesinato. El 3 de febrero fueron encarcelados tres integrantes más de este grupo opositor, a pesar de que estaban a punto de reunirse con el mandatario para negociar la liberación de sus compañeros. Éstos eran Alejandro Cruz López, del agrupamiento Organizaciones Indias por los Derechos Humanos de Oaxaca (OIDHO); Jaquelina López Almazán y Samuel Hernández Morales, del Comité de Defensa de los Derechos del Pueblo (CODEP).

El mandatario convocó, semanas después, a una comisión del pueblo de San Blas Atempa, donde se había creado un ayuntamiento popular por el conflicto postelectoral de la región. Se pretendía encontrar

una solución al conflicto; sin embargo, el gobierno aprovechó su llegada a la capital del estado para encarcelar a los líderes de la disidencia. Esta política, hasta entonces de uso local, habría de utilizarla meses después la Secretaría de Gobernación, durante el encarcelamiento de algunos de los líderes visibles del movimiento que convulsionó a Oaxaca.

Otros municipios oaxaqueños inmersos en conflictos postelectorales —Mazatlán Villa de Flores, Santa Catarina Juquila, San Juan Lalana y Jalapa del Marqués— también habían declarado ayuntamientos populares. ¿Qué fue lo que hizo el gobierno para solucionar esa problemática? Mandó a la fuerza pública, desalojó los plantones y detuvo a los manifestantes. Ocho activistas, pertenecientes al Frente Popular Revolucionario, fueron detenidos en marzo, en Santiago Cuixtla. Días después fue reprimida una marcha que exigía su liberación, en Puerto Escondido; durante la represión se detuvo a siete opositores más. La política del nuevo gobierno estaba clara: había que reprimir y detener. A quienes se sorprendía pegando carteles eran encarcelados preventivamente y puestos en libertad después de unos días, bajo advertencia de que serían remitidos al penal en caso de reincidencia. En los hechos, la protesta quedó prohibida. La promesa de campaña había sido cumplida: cada vez que un pueblo o una organización pretendía ingresar al zócalo, la plaza era ocupada por la fuerza pública.

Junto con la política de confrontación, Ulises Ruiz generalizó el despilfarro económico. Eran muchas las voces que lo aseguraban: el gobierno local estaba desviando recursos oficiales para la campaña electoral de Roberto Madrazo Pintado. Mediante el concurso de obras públicas y eventos culturales que eran sólo una fachada, Ulises Ruiz extraía dinero y lo mandaba a la ciudad de México, ensuciando los comicios presidenciales más cerrados de la historia nacional.

A pesar de todas las estrategias montadas por el gobernador, los conflictos se multiplicaron y poco a poco se fueron tornando visibles. Buscando que las protestas no afectaran al turismo, el gobernador decidió cambiar la sede de los poderes del estado, mudándolos a municipios alejados a la capital. El que había sido Palacio de Gobierno desde la época de Benito Juárez quedó convertido en museo y en salón de fiestas, donde los políticos comenzaron a celebrar bodas por el módico precio de 150 mil

pesos. El gobernador realizó una jugada brillante —como presumió a sus amigos en la ciudad de México—: construyó la Casa Oficial de Gobierno dentro de las instalaciones del Cuartel de la Policía Estatal de Santa María Coyotepec. El Poder Ejecutivo de Oaxaca despachaba, literalmente, entre policías. Los diputados no corrieron mejor suerte, su viejo recinto se convirtió en el Teatro Juárez y los legisladores se mudaron a un palacete modernista construido entre las milpas de los comuneros de San Raymundo Jalpan.

El gobierno estatal también expulsó a los vendedores informales instalados desde hacía décadas, y prohibió a los indigentes pedir dinero en las calles del centro de la ciudad de Oaxaca. Todo esto ocurría sin que hubiera sobresaltos de nadie, mucho menos a nivel federal. El país estaba concentrado en la sucesión presidencial y en las batallas verbales y legales que sostenían el presidente Vicente Fox y Andrés Manuel López Obrador, quienes junto con el actual presidente Felipe Calderón, se encargaron de polarizar, como nunca, a la sociedad mexicana.

La nación volteó a Oaxaca hasta el 17 de junio de 2005, cuando un grupo de porros de la Confederación Revolucionaria de Obreros y Campesinos (CROC) ocupó las instalaciones del periódico *Noticias, voz e imagen de Oaxaca*, único medio que a nivel estatal cuestionaba a la administración de Ulises Ruiz, cuestionamientos que respondían más a viejas rencillas políticas y económicas entre el dueño del rotativo y la administración estatal, que a conflictos de orden ideológico. En aquellos lejanos días, el gobernante estaba tan envalentonado que había ordenado el asalto oficial al periódico en el momento mismo en que Martha Sahagún, esposa del presidente Vicente Fox, presenciaba —junto con él y en primera fila— la tradicional Guelaguetza.

Era la época en que Ulises Ruiz decía a los cuatro vientos: “Para que vean que no se pueden meter con el gobierno así nada más, como si nada. Ya estuvo bueno”. El gobernador se pensaba invencible, se sentía poderoso... muy poderoso.

NEGOCIANDO

Nunca pensé vivir en carne propia el terror que se siente en una situación como la del 14 de junio. El helicóptero sobrevoló y los maestros corrieron despavoridos hacia la puerta de la casa, buscando resguardarse en el patio. Eran cerca de 60, algunos ventían intoxicados. Les dimos agua y trapos mojados, les pedimos que ya no salieran. El helicóptero vio que había compañeros en la casa y siguió sobrevolando y filmando el área. Mis hijos, para entonces, ya no pudieron dormir, era mucho el ruido y los gases comenzaron a llegar a los cuartos de la casa. Los saqué al patio y los mostré al helicóptero, para que vieran que en la casa había familias y niños, para que de alguna manera se tocaran el corazón y no siguieran aventando gases a la casa.

Ulises Ruiz acumuló un odio irracional contra los líderes de las organizaciones oaxaqueñas. Acostumbrado al confort de la política cortésana de la ciudad de México, al gobernador le resultaban denigrantes los hombres mal vestidos, mal hablados y mal preparados con quienes debía sentarse a la mesa. No soportaba que le reclamaran, mucho menos que le recriminaran y menos aún que le exigieran. José Murat Casab, su antecesor, permitía esto y más, parecía gozar con el enfrentamiento verbal.*

De entre los múltiples dirigentes opositores, al que más y más pronto aprendió a odiar Ulises Ruiz —durante los encuentros que sostenía su antecesor con líderes locales, en los que estaba presente siendo senador—, fue a Raúl Gática Bautista, representante del Consejo Indígena Popular de Oaxaca (CIPO). En una de las reuniones que Ulises Ruiz presenció, el dirigente opositor demandó que se le dieran recursos especiales para diversos proyectos en comunidades representadas por la organización que dirigía, también exigió la liberación de sus compañeros presos.

—Te vas a reunir con el procurador para ver caso por caso —decía Murat, haciendo señas a dicho funcionario que se encontraba presente.

* José Murat era un político por demás polémico. Este hombre de ascendencia árabe pasó a la historia de los infortunios locales tras inventar un atentado en su contra, por medio del cual buscaba encubrir la muerte de uno de sus guardias personales, ocurrida en plena borrachera con actrices de Televisa, tras salir de un partido de béisbol.

—¿Con el procurador? Vete a la verga, Murat, tu procurador nos va a mamar la verga. Es un pendejo, qué no le ves la cara de pendejo que tiene. Que se vaya a la verga, pinche Murat.

—Pues con él tiene que ser, no se puede hacer de otra forma. No te pongas pendejo —insistía el gobernador.

—Vete a la verga, Murat.

Estas bruscas reuniones —de “negociación” las llamaban los políticos de la administración anterior— las presenció Ulises como parte de su entrenamiento. Fue entonces que comenzó a acumular odio contra sus opositores, un odio que años más tarde quedó en evidencia y cuyas consecuencias puso en práctica cuando el poder fue su coto personal.

Hubo un acontecimiento que marcó, por encima de todos los demás, la memoria del gobernante de manera indeleble. En cierta ocasión, Murat había abandonado un encuentro dejando a sus personeros con Gática. El líder del CIPO literalmente orinó en la sala de juntas de la Casa de Gobierno, molesto porque no atendían sus planteamientos. Esa imagen se quedó grabada en el entonces callado y diligente Ulises Ruiz, quien cobraría una especie de venganza mucho tiempo después.

Durante los primeros días de su mandato, le quitó al CIPO la residencia en la que laboraba su dirigencia, así como el financiamiento que la agrupación usaba para atender a los campesinos que bajaban de la sierra, buscando realizar algún trámite en la capital. Días después, Ulises recibió la visita del líder opositor, quien llevaba en la mano una orden de protección girada por la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH); la orden demandaba al gobierno de Oaxaca asignar a Gática una guardia permanente de dos policías ministeriales, así como una subvención pues, decía la orden, su vida se encontraba en peligro. “A mí pueden venir a decirme eso la Interamericana, la Nacional, la Estatal y hasta la Interplanetaria, y yo las mando a chingar a su madre. Tú me haces un desmadre y yo te meto a la cárcel. Óyelo bien, cabrón”, respondió el gobernador. Pocos días después, Gática recibió amenazas anónimas y terminó yéndose a Vancouver, Canadá, donde poco tiempo después fue catalogado como refugiado político.

El día en que Ulises se enteró del destino de Gática, pasó la noche

entera festejando en un bar de la ciudad de México. El líder del CPO, exiliado en Canadá, no estaría presente durante las movilizaciones ni durante los hechos represivos de mediados de junio.

El día 14 de junio, por la mañana, cerca de las 8:45, me fui al plantón para apoyar a los compañeros. Llevaba agua para que se limpiaran los ojos. Al pasar por la iglesia de San Juan, sobre la calle 20 de Noviembre, vi que un helicóptero sobrevolaba la zona. Alcé la mirada y vi que un proyectil venía hacia mí. Los policías sentados en el estribo del helicóptero estaban disparando. Traté de esquivar el proyectil, pero me hirió el brazo derecho, me desgarró los músculos y la piel, me rozó los huesos. Mis tendones estaban colgando.

NUEVE MINUTOS

—Mejor los vamos deteniendo uno por uno —dijo Manuel Moreno Rivas, director de la Policía Ministerial del estado.

—Entonces, ¿no estás de acuerdo con el desalojo? —preguntó el gobernador.

—Me parece que es más conveniente detener a los líderes, uno por uno, y aplicar después el plan que aquí se propone.

Eran las horas previas al desalojo. Ulises se había reunido con los funcionarios más importantes de su gabinete, empresarios, políticos y con diversos directivos de los medios de comunicación. Había anunciado el operativo, pero no se había reunido todavía con quienes iban a ejecutarlo. No había preguntado a los mandos policíacos cómo veían el asunto, si era o no factible, si había suficientes efectivos, si estaban bien equipados, si podían garantizar el éxito en la misión. Fue hasta el final que decidió hablar con los jefes de las corporaciones. Fue hasta el final que decidió explicarles lo que tendrían que hacer.

—Nueve minutos, gobernador, dénos nueve minutos para el desalojo. Ya lo vimos con el secretario de Gobierno —repetía como merolico el teniente José Manuel Vera Salinas, secretario de Protección Ciudadana.

—¿Cómo nueve minutos?, no sabes en lo que te estás metiendo. No

vas a desalojar un kínder —interrumpió Bulmaro Rito Salinas, presidente de la Cámara de Diputados.

Acostumbrados a la lógica del poder imperante en Oaxaca —el que está arriba es el que manda, aunque esté equivocado—, los jefes policíacos aceptaron el plan presentado por el gobernador. Hubo voces que incluso lo calificaron de genial y brillante. Todos estaban felices, todos excepto uno: el director de la Policía Ministerial, quien prefería que el desalojo del zócalo sucediera tras la detención de dirigentes, ni antes ni de manera simultánea.

—Los granaderos desalojan el zócalo mientras ustedes detienen a los líderes (concentrados en el edificio del sindicato y en el hotel del magisterio) —ordenó Franco Vargas.

—Insisto en que podemos detenerlos antes. Apenas ayer vimos a Rueda caminando solo, a cinco calles del zócalo. Mi gente estuvo esperando la orden para detenerlo —insistía Moreno Rivas, ministerial al que su pasado, hasta entonces oculto, vaya si lo autorizaba para opinar respecto a operaciones contra líderes sociales.

—Se va a hacer como nosotros decimos. Debemos dar un mensaje de fuerza, un golpe total que nos permita deshacernos de chantajes —reviró el amigo personal del mandatario estatal.

—OK —aceptó Moreno Rivas, formado como teniente de navío en la Armada de México.

El 14 de junio entraron en acción más de mil elementos. Según el parte oficial, los policías pertenecían a la Unidad Policial de Operaciones Especiales (UPOE), la Unidad Canina, el Grupo de Operaciones Especiales del Ayuntamiento de Oaxaca (GOE), la Policía Auxiliar Bancaria (PABIC), la Policía Municipal y la Policía Juvenil. La incursión se realizó de manera simultánea en las calles de Bustamante, Las Casas, Fiallo y 5 de mayo. Los policías preventivos llegaron disparando granadas de gas lacrimógeno, sin permitir que los “plantonistas” pudieran desalojar el lugar. Pese a la presencia de notarios, que vigilaban la orden impuesta a los agentes de no llevar armas, diversos mandos portaban AR-15, Súper .38 y pistolas calibre .45. Sin embargo, las armas principales eran los toletes, escudos, picanas eléctricas y morteros lanzagranadas. Tras la incursión

violenta siguió el cateo de los inmuebles. Las oficinas de la Sección 22 del SNTE y el hotel del magisterio fueron revisados por grupos de élite en busca de los dirigentes, quienes habían logrado escapar.

El gobernador, en su mansión de San Felipe del Agua, seguía atento el desarrollo del operativo. Lo acompañaban los miembros de "la burbuja". Las caras largas aparecieron cuando los hombres de confianza de Ulises Ruiz se enteraron de que, poco a poco, los policías eran cercados por los profesores, quienes con tubos, palos y piedras recuperaron la plaza. Buscando reforzar a los policías, minutos después de las 7:00 de la mañana, un helicóptero comercial —matrícula XA-UCJ— comenzó a disparar balas de gas lacrimógeno.

Durante la retirada de la policía, los maestros tomaron como rehenes a ocho personas, entre éstas a Margarito López Aragón, subdirector Operativo de la Policía Ministerial del estado. También fueron atrapados Javier López López y Gerardo Ballinas, funcionarios de la Coordinación de Planeación y Desarrollo del Gobierno del Estado (COPLADE), quienes se habían registrado a la una de la madrugada en la habitación 206 del Hotel Marqués del Valle, buscando participar de forma encubierta en el operativo.

Ulises Ruiz se enteró de la derrota vía telefónica y que en otros municipios del estado habían iniciado diversas protestas, en respuesta al operativo. Mientras se sucedía la batalla en el centro histórico de la capital, eran tomados los palacios municipales de Huautla de Jiménez, Jalapa del Marqués, Pinotepa Nacional, Tehuantepec, Salina Cruz, Ciudad Ixtepec, Juchitán de Zaragoza, San Blas Atempa, Matías Romero, Zanatepec, Tapanatepec, Chahuities y Santiago Juxtlahuaca.

Por lo menos, 113 personas habían sido heridas: 66 eran policías preventivos, 29 profesores, 5 civiles, 3 policías ministeriales, 3 menores, 1 estudiante y 6 personas de las que no se pudo precisar ocupación.

La policía se había tenido que acuartelar en las inmediaciones del Mercado de Abastos, hasta donde llegaba, desorbitado, Jorge Franco Vargas para ordenar que los efectivos, molidos a golpes, cansados y humillados, regresaran al zócalo. Nadie volvió a hacerle caso al amigo de Ulises. Ni los jefes policíacos ni el propio gobernador. Hasta Adolfo

Toledo, habitualmente sereno, lo encaró diciéndole: "Estás pendejo... ¿cómo quieres que regresen? Ya nos chingaron."

Estaba en el plantón cuando llegaron al campamento, venían golpeando, pateando y arrojando gas lacrimógeno. Mi esposa y yo nos subimos a nuestro coche pero los ministeriales, cuando nos vieron, empezaron a golpear el coche con sus macanas. Le quebraron los vidrios y, para obligarnos a salir, jalaban un tanque de gas y lo pusieron debajo del coche. Luego abrieron la llave y amagaron con prenderlo. Salimos del auto y empezaron a golpear-nos sin consideración.

Yo tengo un raspón en la pierna y golpes en el hombro, tengo moradas las muñecas. Me golpearon durante mi detención, en el campamento donde estábamos. Después me llevaron al montón de policías, donde tiraban los gases, ahí me hacían respirar, oler, inhalar el gas hasta vomitar. Me trasladaron a golpes hasta el cruce de la Reforma Agraria, ahí me subieron a una grúa y luego a una camioneta, aventándome. Me pusieron un casco para que no identificara a quien me estaba pateando y golpeando.

A mí me llevaron a Santa María Coyotepec, a la preventiva, me pusieron en una celda con otro compañero y lanzaron gases lacrimógenos dentro de la celda. Después de aproximadamente unas 12 horas, nos llevaron a la Procuraduría del estado, donde nos pasaron a declarar. Me iniciaron una averiguación previa por los delitos de Lesiones y Tentativa de Homicidio.

"PONGO MI CABEZA EN LA CHAROLA"

Un vistazo al documento que permitió la descentralización de la educación pública en el estado de Oaxaca, firmado en 1992, explica la magnitud del poder concentrado por el magisterio, y el respeto —o miedo— que le tuvieron los gobiernos anteriores. Desde que entró en vigencia este documento, casi todas las pretensiones económicas, sociales, educativas y materiales de la Sección 22 eran atendidas por los gobiernos. Todas, menos una: la revalorización salarial, una vieja demanda de los maestros de todo el país, no sólo de los oaxaqueños.

Fue con base en este tipo de acuerdos que los maestros crearon la primera Comisión Estatal de Derechos Humanos de la entidad y la Fiscalía Especial de Atención a Delitos contra el Magisterio, en la que la propia Sección 22 designaba a tres abogados, quienes se encargaban de la coadyuvancia en las averiguaciones previas y en los procedimientos penales iniciados contra miembros del sindicato. Por acuerdos de este tipo, incluso las iniciativas legislativas —en materia de educación— a nivel estatal debían pasar por el visto bueno del sindicato, que agrupa cerca de 70 mil maestros. Según el acuerdo número siete de este convenio: “El gobierno del estado, conforme a las disposiciones [...] dará participación a los integrantes del Comité Ejecutivo de la Sección 22 y a las bases magisteriales, respecto a la formulación de cualquier iniciativa de ley o disposición general relacionada con el ramo educativo en sus aspectos laborales, profesionales, social y técnico”. Otro de los puntos que conformaban este convenio decía que se otorgaban: “un banco de plazas como patrimonio de la Sección 22 del SNTE”, así como un fondo económico para el Programa de Construcción o Remodelación de las casas de los maestros, y otro fondo para la dotación de paquetes de materiales destinados a la construcción de las viviendas de los trabajadores de la educación. El acuerdo le daba poder a los maestros hasta para nombrar a los directores del Instituto Estatal de Educación Pública de Oaxaca (IEEPO). De manera textual, el acuerdo decía: “La selección y nombramiento futuro de funcionarios del IEEPO, como resultado de las propuestas de la representación seccional, serán respetadas en la forma y términos acordados con antelación, aun cuando cambie la estructura orgánica del Instituto”.

—El magisterio es el único que puede tumbar un gobernador —dijo Bulmaro Rito Salinas, presidente del Congreso de Oaxaca, a Ulises Ruiz, cuando éste le confió el operativo de desalojo.

—Entonces pongo mi cabeza en la charola —se limitó a responder el gobernante.

Cuando la policía llegó al edificio del magisterio, subí al tercer piso con otras maestras y nos encerramos en el baño. Los policías rompieron la puer-

ta y nos sacaron a empujones. Gritando groserías nos llevaron hasta un rincón, nos obligaron a colocarnos de cuclillas, sin mirar hacia ellos. La mayoría de los policías traían la cara tapada. Luego nos obligaron a bajar de una en una, golpeándonos en la cara y dándonos de patadas. Uno de ellos dijo que algunas estábamos “buenotas” y que nos harían lo mismo que a las mujeres de Atenco. Nos pidió nuestras credenciales, la mayoría no traíamos. Dije un nombre mientras nos cacheteaban y daban de patadas, decían que estábamos mintiendo; uno me pegó muy fuerte en la oreja y otro me dio una patada en la cadera. El que me pegó más y con más fuerza era uno güero de estatura media, con entradas en el cabeza y lentes oscuros. Nos sacaron a la calle y ahí aprovechamos para salir corriendo. Nos dispersamos por donde se pudo. Quedé adolorida del oído y con moretones en la cadera. Días después fui al médico, no escuchaba nada, me diagnosticaron perforación del tímpano izquierdo. No levanté ninguna denuncia, la verdad es que tengo miedo, prefiero dejarlo así.

El año 2006 trajo diversos brotes de descontento en el país, ni siquiera el marco electoral pudo enmudecer la violencia social que despertaba en diversos puntos de la geografía nacional. Como en el 59' ferrocarrilero, el 68' estudiantil, el 88' cardenista, el 94' zapatista y el 99' universitario, el 2006 trajo momentos tensos, de agitación, encono y enfrentamiento. Ya fuera en Nacozari, Sonora; en Pasta de Conchos, Coahuila; en Lázaro Cárdenas, Michoacán; en Texcoco o en Atenco, Estado de México; en el Paseo de la Reforma, de la ciudad de México, o en Oaxaca, miles de personas hubieron de enfrentar a los gobiernos locales, estatales y federal, clamando por defender sus intereses y provocando que se hablara del resurgimiento de la “vertiente popular” y de “la lucha de clases contra la oligarquía financiera y el imperialismo”.

Hegel —que abandonó su tumba para reaparecer y ser citado en discursos y escritos en Oaxaca— dijo que la necesidad se expresa a través del accidente. El desalojo del 14 de junio fue, para muchos políticos del país, el “accidente” que sacó a la superficie las contradicciones acumuladas en la sociedad oaxaqueña: autoritarismo gubernamental, ausencia de democracia, miseria, desempleo, trabajos mal pagados, corrupción estratosférica,

migración desbordada, analfabetismo y represión. Todos estos factores se combinaron para crear una situación explosiva, de insurrección y encono, de polarización social, crispación y enfrentamiento.

Yo veía cómo arrancaban, cómo destruían todas las cosas. Había delegaciones enteras destruidas... porque en los plantones todos cooperan para sobrevivir; tienen su estufa, su tanque de gas. ¡Qué hicieron los granaderos! Se lo llevaron todo, cortaron, destruyeron. Hasta las maletas quemaron. Hubo maestros que no pudieron levantar sus cosas, las tuvieron que dejar ahí y las encontraron descuartizadas, cortadas, quemadas. La ropa, los zapatos, lo destruyeron todo; cosa que no deberían haber hecho si era un desalojo. ¿Por qué no lo hicieron de otra forma?